

El colapso y el nuevo orden político de las Tierras Bajas Mayas

Enrique Nalda

El Postclásico de las Tierras Bajas mayas cubre un largo periodo: comienza con el llamado colapso de las Tierras Bajas del sur, fechado en el siglo IX de nuestra era, y se cierra, en Yucatán, con la conquista española de esa península a mediados del siglo XVI y, en el Petén guatemalteco, con el sometimiento del último reducto indígena en la Región de los Lagos, en 1697. Durante ese periodo se dieron, al menos, dos formas básicas de organización política: una, descrita por informantes y cronistas del siglo XVI, tendría aplicación al norte de Yucatán al momento de la llegada de los españoles a la península; la otra, habría operado durante la existencia de Chichén Itzá y de Mayapán como centros hegemónicos regionales, el primero hacia 1150 y el segundo en 1350 d.C. En términos generales, la primera correspondería a un poder fragmentado centrado en provincias autónomas; la segunda habría emergido como consecuencia de la unión de varias de estas provincias, sea por sometimiento o por alianza efímera o relativamente permanente.

Estas dos formas de organización pudieron haber tenido sus paralelos en el periodo Clásico, fechado, en las Tierras Bajas del sur, entre 250 y 900/100 d.C., Una en el Clásico Temprano (250-600 d.C.) y la otra en el Clásico Tardío/Terminal, antes del llamado <<colapso del Clásico maya>>. La historia del Postclásico maya de las

Tierras Bajas, entonces, depende en cierta medida de que se entienda el proceso de composición y de disolución de los sistemas políticos y de alianzas centradas en Chichén Itzá y Mayapán, y de que se comprenda el significado de ese colapso, concretamente, las contradicciones que resolvió.

El colapso del Clásico maya

El <<colapso del Clásico maya>> es un fenómeno de las Tierras Bajas del sur. Se produjo fundamentalmente en el Petén y su periferia -en la zona donde se ubica Tikal-; en el sistema hidrológico del Usumacinta -donde se encuentran sitios tan importantes como Palenque, Yaxchilán, Piedras Negras, Altar de Sacrificios y Seibal-; y en la zona suroriental -donde se localiza Copán-. Dentro de esa región, además, se manifestó con intensidad variable y llegó a estar ausente en sitios de primera magnitud, algunos de ellos próximos a la llamada zona central.

Mientras el colapso se desarrollaba en esta gran área, en el norte de Yucatán, concretamente en la región del Puuc, se daba un crecimiento significativo de sus centros de población y se alcanzaba un clímax cultural de gran complejidad y refinamiento. No puede hablarse, por tanto, de un colapso general de la cultura maya, pero sí de un <<colapso del Clásico en las Tierras Bajas mayas>>; éste último es no sólo un tema vigente, sino también un proceso crucial para el entendimiento de toda la historia del desarrollo prehispánico maya. No queda descalificado por el hecho de que contemporáneamente, en otra región del área cultural, se haya producido un centro de desarrollo

equivalente en magnitud y fuerza a los que se estaban desintegrando cientos de Kilómetros al sur.

El colapso de las Tierras Bajas del sur es, también, un fenómeno temporalmente muy heterogéneo. Es, básicamente, un acontecimiento del Clásico Terminal, fechado en esa región en 830 a 950 d.C., aunque en las áreas periféricas pudo haberse prolongado hasta 1 100 d.C. A partir de fechas tan tempranas como 692 d.C., aparecieron, sin embargo, los primeros signos de inestabilidad; así lo sugiere Miller¹ con base en la sensible multiplicación de referencias a grandes batallas en las inscripciones jeroglíficas. En el ámbito de la producción material, los primeros indicios de una declinación cultural se manifestaron hacia el cierre del siglo VIII, dentro del periodo del clímax cultural y máxima población de la región, esto es, a finales del Clásico Tardío (600-830 d.C.), época en que se aprecia una sensible disminución en la elaboración de estelas y monumentos dedicatorios a partir de 790 d.C.

A mediados del siglo IX, el deterioro en la región alcanzó niveles de crisis: la ausencia de nuevas construcciones de carácter monumental y el cese de la producción de ciertos bienes de prestigio o de artefactos vinculados con ceremonias especiales, como sucedió con la cerámica policroma que caracterizó el periodo previo en la zona central, reflejan una agudización de tensiones. Poco tiempo después, se abandonó el uso de la cuenta larga: la última estela de Copán tiene registrada una fecha de 9.19.10.0.0 (820 d.C.); la última de Tikal es de 10.2.0.0.0. (869 d.C.); mientras que las estelas más

tardías de las Tierras Bajas, las de Uaxactún y de su vecino Xultún, llevan la fecha de 10.3.0.0.0 (889 d.C.).

También a finales del siglo IX, los principales centros de población de las Tierras Bajas del sur sufrieron un abandono masivo, primero de los conjuntos cívico-religiosos y los palacios anexos y, poco tiempo después, de las residencias en la periferia. El proceso culminaría con la ruralización y eventual desaparición del grueso de la población. Sitios como Seibal y Altar de Sacrificios, en la zona del Río de la Pasión prolongaron su <<florecimiento>> por unos cuantos años, según la muy discutida tesis de Sabloff y Willey² bajo la égida de invasores provenientes de la Chontalpa, una región de las Tierras Bajas del Golfo de México. Otros sitios, como Lamanai, prolongaron su desarrollo sin cambio aparente hasta la conquista española³. Unos más continuaron siendo ocupados por una población diezmada, asentada en las márgenes o en espacios desacralizados de las viejas ciudades.

Este último aspecto del colapso, el del abandono de la mayor parte de los grandes centros de las Tierras Bajas del sur, es el que más ha llamado la atención. A pesar de todas las consideraciones que puedan hacerse al respecto, persiste el hecho de que se trata de abandonos masivos, producidos en un periodo relativamente corto, de entre 50 a 100 años, y para el cual no se tiene respuesta a dos preguntas muy sensatas: ¿a dónde se desplazó la población? y ¿por qué la región no volvió a poblarse otra vez con la misma intensidad que lo fue durante el Clásico,

¹ Miller, 1993

² Sabloff y Willey, 1967

³ Pendergast, 1986

ni se desarrollaron en ella nuevos centros de primer orden? No hay respuesta convincente a esos interrogantes. No se han llegado a definir con certeza áreas o sitios de recepción de migrantes que pudieran haberse desplazado desde las Tierras Bajas del sur hacia el Golfo, hacia el Caribe o, como se ha sugerido repetidamente, hacia el norte de Yucatán; tampoco se han detectado reubicaciones masivas dentro de la región afectada. Son muy contados los trabajos que han recogido esta inquietud, pero uno de ellos, el proyecto de reconocimiento y mapeo de Sayil (800-950 d.C.) dirigido por Sabloff y Tourtellot, ha concluido, justamente, con una respuesta negativa a la posibilidad de un movimiento migratorio hacia este sitio en la época del colapso⁴.

La cuestión de la no-recuperación poblacional y cultural de las Tierras Bajas del sur puede verse desde múltiples perspectivas, todas ellas, sin embargo, igualmente frágiles en términos explicativos. Una es la de la analogía con el desarrollo de Teotihuacan. Durante el clímax poblacional de esta gran urbe, en la Cuenca de México hubo dos tipos de asentamiento: aldeas y pequeños pueblos, por un lado, y, fuera de toda proporción, el sitio de Teotihuacan, quizás cincuenta veces más grande en extensión y habitantes que el que le seguía en tamaño. Siguiendo el modelo de atracción gravitacional con el que podría explicarse esta diferencia, una vez alcanzado cierto tamaño, el centro urbano habría crecido de manera exponencial, atrayendo nuevos migrantes con una fuerza cada vez mayor. La cuestión es alcanzar ese

punto crítico a partir del cual la curva poblacional se dispara imprevisiblemente; de no alcanzarse, no se daría el fenómeno de crecimiento poblacional que concluiría en la aparición de una ciudad prehispánica. Quizás ese fue el obstáculo con el que se encontraron las zonas donde se desarrollaron los grandes sitios del Clásico: una vez formados los grandes centros de población en el norte de Yucatán, se habría inhibido el surgimiento de nuevas ciudades mayas en esas otras zonas. Aunque no tan notoria la diferencia, en el norte de Yucatán se dio una desproporción entre los asentamientos del Puuc, Chichén y Mayapán, en ese orden de jerarquía, o Cobá, y los sitios más modestos de la costa del Caribe, incluido el norte de Belice, que habrían sido, a juzgar por la información disponible, una de las regiones más importantes de recepción del éxodo del colapso.

Ante la ausencia de una respuesta clara al problema de la pérdida poblacional y la incapacidad de recuperación que mostró la región, el problema del colapso maya de las Tierras Bajas meridionales ha permanecido abierto a la especulación. La cantidad de hipótesis que se han manejado al respecto es muy grande, muchas de ellas formuladas desde la perspectiva de una sola variable⁵. A un primer grupo pertenecen las de carácter catastrófico: pestes y ciclones, las más importantes. En otro grupo estarían las asociadas a una degradación ambiental, sea por el carácter mismo de la agricultura maya, por una desmesurada explotación de los recursos naturales, o por la incidencia de un cambio climático. Un tercer tipo de explicación se fundamentaría en la

⁴ Sabloff, 1990.

⁵ Ver Adams, 1973

llegada de invasores desde alguna región remota. Un último tipo sería el de la revuelta interna generada por tensiones entre grupos sociales antagónicos.

En general, las explicaciones que toman a una sola de las variables como motor principal del colapso, han caído en descrédito. Hoy día se considera que fue un proceso complejo y que, como tal, requiere de la consideración de todos los aspectos fundamentales de la vida social, política y económica de los grandes centros de población de las Tierras Bajas y, también, de sus dominios territoriales. Hay que señalar, sin embargo, que la gran mayoría de estas nuevas interpretaciones sistémicas sobre el colapso implican una idea sobre el origen del proceso y un determinismo que las hace igualmente simplistas: en general, suscriben la tesis de que la población de las Tierras Bajas creció desenfrenadamente, acercándose peligrosamente o sobrepasando la capacidad de sustentación de las regiones en donde se manifestó la crisis. Para quienes defienden esta idea, lo que falta por encontrar es el elemento de disparo del proceso en su fase final, es decir, la <<gota que derramó el vaso>>; en ese punto de la hipótesis, vuelven a aparecer las viejas ideas sobre catástrofes, cambios climáticos, invasiones y agudización del conflicto interno. Desde esta perspectiva, puede decirse que es poco lo que se ha avanzado en el esfuerzo por explicar el colapso.

Hay ciertos elementos sobre el colapso que hoy día cuentan con una aceptación generalizada. Hay consenso no sólo en el sentido de que no es un fenómeno de aparición repentina; y de que no es

producto de la intervención de factores externos -aunque éstos hayan podido estar presentes en alguna región particular como coadyuvantes-, sino también sobre que existen cuando menos dos tendencias a lo largo del Clásico Tardío que indudablemente tuvieron gran peso en el proceso: una es la expansión numérica de la élite y de las funciones que cubría; otra, la creciente secularización del ritual y el debilitamiento del poder central.

Al respecto, Stuart⁶ resalta el hecho de que algunas vasijas mayas llevan el nombre de quienes las pintaron, uno de ellos, por cierto, hijo del gobernante de Naranjo, casado con una mujer de la élite de Yaxhá; hace notar, también, que numerosos dinteles y estelas de sitios en el Usumacinta tienen inciso el nombre de su escultor, y varios de ellos ostentan el título de ahaw o señor; y, además, el que en la Casa de los Bacabs de Copán, considerada como la residencia del <<escriba real>>, hay una banca con una inscripción que relaciona a este personaje con Yax Pak, gobernante de ese sitio a partir del año 763 d.c., una fecha muy cercana a su desintegración. El reconocimiento al trabajo de ciertos artistas -y, quizás, intelectuales- es, según este autor, una práctica ausente en épocas anteriores al Clásico Tardío, y desapareció con el colapso.

El mismo Stuart nos recuerda que si bien muchos de los textos en inscripciones jeroglíficas celebran acontecimientos relacionados con nobles de alto rango, como serían los sahalas -que no eran gobernantes-, es notorio que <<se conozcan muy pocos ejemplos del glifo sahal anteriores al

⁶ Stuart, 1993

siglo VIII>>⁷, lo cual refuerza la idea de que en el Clásico Tardío que ampliaron notablemente los grupos de élite.

Esta misma tendencia, que en esencia significa una creciente burocratización, parece haberse dado también en Kohunlich: ahí, en uno de los grandes conjuntos habitacionales recientemente excavados, el de Los 27 Escalones, se ha notado un cambio de función en el edificio principal del conjunto: de ser una estructura habitacional, se habría transformado en un edificio vinculado con la planeación y administración. En el contexto de ese sitio, el cambio, fechado hacia la segunda mitad del siglo IX, señalaría una reubicación de funciones, originalmente centralizadas, es decir, un cambio dirigido a la fragmentación del poder. Se trataría de transformaciones hacia una sociedad no necesariamente más estratificada o más rígida en cuanto a movilidad social, sino a una sociedad con un creciente número de funcionarios que, a diferencia de lo que podría estar sucediendo en otros sitios, no parece responder a la necesidad de asegurar lealtades o de administrar un territorio cada vez más grande, producto de conquistas o de alianzas, sino a la creación de nuevos espacios de autonomía.

Existe, por otro lado, información que sugiere que, hacia finales del Clásico, estructuras originalmente vinculadas con el ritual se transformaron en construcciones de orden secular, a tono con la aparición de nuevas funciones o producto de la mencionada ampliación del estrato dirigente. El ejemplo más notorio de este tipo de transformación lo dio Proskouriakoff con su recreación de la secuencia constructiva del edificio A-

V de Uaxactún: de un primer conjunto arquitectónico integrado por tres templos, construido en el Clásico Temprano, se pasó, en unos cuantos siglos, a un arreglo dominado por palacios o estructuras de orden civil. El debilitamiento del poder central hacia finales del Clásico, vinculado con el aparente desplazamiento del ritual hacia el ámbito doméstico, ha sido igualmente señalado por Pendergast⁸; para este autor, la aparición en Seibal, Altun Ha y Lamanai -en especial en el edificio NIO-28 de éste último-, de edificios que no son templos, con fachadas de un fuerte contenido iconográfico, parece ser indicador de un replanteamiento, en esas fechas, de los valores religiosos, y la aparición de un ritual semipúblico, centrado en la unidad residencial.

En Kohunlich posiblemente se tenga un indicador adicional de la existencia de una reorientación de la práctica religiosa hacia el ámbito familiar. Ahí, al igual que en otros sitios mesoamericanos, se han encontrado depósitos de basura recogida y colocada cuidadosamente en las inmediaciones de las casas -frecuentemente en callejones entre estructuras-, que contienen restos de bienes no utilitarios: cerámica decorada, restos óseos humanos y de animales, así como de plantas de posible función ceremonial, todo esto en cantidades que no se encuentran en otros lugares del asentamiento, ni en épocas distintas al Clásico Terminal; uno de estos depósitos ha sido fechado directamente en 10.2.0.0.0 (869 d.C.). Una primera interpretación para este tipo de acumulación es que se trata de una especie de sacralización de espacios domésticos, en un ritual que, a diferencia de lo que podía esperarse de

⁷ Id., p.332.

⁸ Pendergast, 1989. p.231.

épocas anteriores, era conducido, o controlado en gran medida, por quienes habitaban esos espacios.

Al respecto hay que señalar que, en relación con el <<colapso>> de Teotihuacan hacia 700 d.c., existe una notable proliferación de un artefacto especial, llamado candelero por su aparente función de servir de sostén a un par de velas, al que Millon ha considerado como posible indicador de la existencia del mismo fenómeno <<...un leve desplazamiento hacia una ex- presión ritual más personalizada y quizás más descentralizada durante más o menos el último siglo de existencia de la ciudad>>⁹.

Todo lo anterior sugiere no sólo que en épocas tardías algunos de los artistas adquirieron un estatus relativamente alto, sino que, de manera paralela y como tendencia, se ampliaba el estrato gobernante al tiempo que se debilitaba su control social. Como respuesta a esta situación generalizada del Clásico Tardío, en la que más individuos adquirirían un estatus relativamente alto, y el estrato dirigente se hacía cada vez mayor en número al tiempo que perdía control social, la élite buscó reforzar su imagen acumulando riqueza¹⁰ y dirigiendo el esfuerzo social hacia obras que posibilitaban y justificaban su propia existencia, especialmente hacia la guerra. Sus intentos por mantener el sistema sin cambio, sin embargo, sólo lograron profundizar la crisis del Clásico Terminal.

La recurrencia del fenómeno

Para algunos académicos, la guerra entre los mayas fue, en el Clásico, una empresa esencialmente de élite, que tenía un fondo religioso y que, por tanto, tuvo un impacto económico relativamente menor; para otros, fue fundamento de la persistencia de la élite a lo largo de la historia prehispánica de los mayas. Todos, sin embargo, difícilmente cuestionarían la idea de que se intensificó durante el Clásico Tardío y de que, en última instancia, esa mayor presencia es una expresión de la desestabilización de los sistemas políticos del Clásico de las Tierras Bajas del sur.

Freidel¹¹, por ejemplo, defiende la tesis de que la guerra operó durante el Clásico como un mecanismo de regulación de relaciones entre entidades políticas semejantes, que se desarrollaba de acuerdo con un código de aceptación generalizada, y que tenía como objeto la captura de miembros de élite para ser sacrificados, todo como parte de un ritual en que la ofrenda de sangre para mantener el orden cósmico era el medio de adquisición y de renovación de prestigio. La idea es consistente con la observación de Schele¹² en el sentido de que existen pocos nombres de lugar en las inscripciones mayas relacionadas con la actividad militar. Freidel, sin embargo, admite también que, bajo las tensiones del Clásico Terminal, se rompió ese código, y se crearon las condiciones para que, lo que había sido una actividad de bajo impacto sobre el grueso de la población, se transformara en una actividad abierta, de carácter

⁹ Millon, 1973. p.62

¹⁰ Rathje, 1970

¹¹ Freidel, 1986

¹² Schele, 1984

competitivo, con fuertes consecuencias económicas, políticas y territoriales.

Stuart¹³ asume la misma postura cuando señala que las inscripciones del Clásico Tardío manejan el tema de la guerra más como narrativa que, como sucede en las imágenes de cautivos y de atuendos militares del Clásico Temprano, motivados por un afán de representación emblemática.

Debe aclararse, sin embargo, que la guerra, como una actividad relevante y de gran impacto socioeconómico, se encuentra presente en el área maya desde fechas muy tempranas; así lo ha hecho notar, de manera por demás convincente, Webster, en especial a través de su trabajo en Becán¹⁴. El foso que rodea el conjunto de arquitectura monumental del sitio, fechado en el Preclásico Tardío o Clásico Temprano, es una obra que implicó un gran gasto de energía y que, por la forma en que fue excavado, por el lugar donde se acumuló la tierra extraída (a fin de crear un parapeto en la orilla interna del foso, el cual incrementaba la altura a ser superada por un intruso), y por el acceso restringido y controlado a la parte interna del sitio, hacen ver que se trata de una obra de carácter eminentemente militar, defensivo.

Becán no es el único sitio con restos de defensas. En El Mirador, una muralla de alrededor de un kilómetro de longitud rodea el Recinto Sagrado del Preclásico Tardío, obstaculizando el acceso a los espacios donde, según Matheny¹⁵, debieron haberse realizado los ritos más excluyentes. En Tikal, hay fosos y

albarradas que datan del Clásico; uno de los fosos tiene cerca de 10 kilómetros de longitud y un ancho promedio de 12 metros. En Chacchob, un sitio del Puuc, se levantó una muralla en el Clásico Tardío. En Tulum e Ichpaatún, dos sitios del Post-clásico Tardío, ambos en la costa mexicana del Caribe, se construyeron anchas murallas que rodeaban el sitio por tres de sus lados, el cuarto abierto al mar. Xelhá, en la misma costa y de la misma época, también estuvo defendido por una muralla. Igualmente del Postclásico, más modesta como obstáculo pero de longitud excepcional, nueve kilómetros, se levantó la muralla de Mayapán.

Existen, finalmente, múltiples relatos del siglo XVI que dan cuenta de la existencia de fortificaciones y de barreras efímeras, algunas de ellas levantadas para impedir el libre accionar de la caballería española durante la conquista de Yucatán. En 1525, a su paso por territorio cehache, en su camino a Las Higueras, Cortés encontró un pueblo excepcionalmente fortificado: ubicado en un alto peñón, entre una laguna y un arroyo profundo, sus casas estaban rodeadas de un foso con un pretil y una cerca de madera, con torreones, garitas y troneras. Más adelante, en Tiac, halló un sistema defensivo a base de cavas y garitas; el sitio tenía tres barrios, cada uno rodeado de una cerca y, todo ese conjunto, dentro de una cerca adicional. Xucahuitl, otro pueblo cehache, también estaba fortificado¹⁶. Montejó y Dávila en sus incursiones durante la conquista de Yucatán, encontraron frecuentemente albarradas, trampas, fosos, palizadas y estacadas, todas levantadas al paso de sus tropas, y todas construidas

¹³ Stuart, 1993

¹⁴ Webster, 1976

¹⁵ Matheny, 1986

¹⁶ Cortés, 1970

utilizando técnicas y estrategias que datan de la época prehispánica.

Es importante señalar que estos sistemas defensivos, diseñados por comunidades de tamaños y nivel de complejidad diversos, son de diferentes épocas. Esto es un claro indicador de que la guerra entre los mayas, y en particular su agudización, fue una actividad recurrente, y que no debe verse, como hasta poco se hacía, como un fenómeno particular del Postclásico. Es una actividad especialmente notoria en esa época, pero también lo es en las fases finales del Preclásico y Clásico. Y no solamente la guerra, también el abandono relativamente masivo de un gran centro poblacional, es un fenómeno repetitivo entre los mayas. De nuevo, el caso de El Mirador ilustra el punto: este sitio, el de mayores dimensiones que se haya detectado para el Preclásico Tardío, fue abandonado inexplicablemente para ser reocupado en el Clásico por una población significativamente menor a la de épocas anteriores. La recurrencia de la guerra, y de los desplazamientos poblacionales masivos, indican qué el colapso de las tierras mayas del sur - como otros colapsos en el área cultural maya- es un fenómeno que responde en cierta medida a cuestiones de orden estructural. No hay duda de que existieron condicionantes generales en el proceso que habrían aparecido una y otra vez en la historia maya induciendo tensiones que se resolvieron a través de recomposiciones sociopolíticas que, a su vez, permitieron nuevos desarrollos - y nuevos desenlaces-, similares entre sí. Sin embargo, dada la gran variedad de respuestas a la crisis del colapso, esas condicionantes deben desprenderse del estudio de casos particulares.

Una hipótesis alternativa

Visto desde la perspectiva de nuestros propios trabajos en el Sur de Quintana Roo, resulta difícil aceptar algunos de los considerandos ya generalizados sobre el colapso maya. Hacia fines del Clásico, en efecto, se aprecia en esta región un incremento poblacional: en Kohunlich el fenómeno es evidente por la construcción de estructuras habitacionales en medio de espacios originalmente destinados a la circulación y a actividades al aire libre, así como por la subdivisión de habitaciones y el adosamiento de cuartos de calidad relativamente baja a edificios existentes. No resulta evidente, sin embargo, que en el Clásico Terminal haya habido sobrepoblación.

En Kohunlich existe un continuo de ocupación desde el Preclásico Tardío hasta aproximadamente el año 1000 d.C., fecha en la que, al igual que los grandes centros más al Sur, sufrió una pérdida muy importante de población. La ocupación del Clásico Temprano, aunque insuficientemente explorada, parece haber sido de una dimensión equiparable a la de finales del Clásico. Dada esta circunstancia, la tesis de que el <<colapso>> de Kohunlich se inicia con un crecimiento poblacional fuera de control resulta inviable: si fue capaz de alimentar una población de igual tamaño en el Clásico Temprano sin haber entrado en crisis de recursos, no hay razón para sospechar que en el Clásico Tardío la situación haya sido diferente. Esto, por supuesto, al margen de que tal posición implicaría aceptar algo relativamente insólito: que en Kohunlich hubiesen fallado todos los mecanismos sociales de control poblacional que habrían impedido el desastre ambiental.

Kohunlich está ubicado en un lomerío de suelos fértiles, bien drenados. Por contraste, Dzibanché, ubicado a 35 kilómetros al nordeste, está en terreno relativamente plano, rodeado de bajos; en su máximo poblacional debió de haber tenido, dependiendo de los límites que se impongan al sitio, cerca de 40.000 habitantes, una población de magnitud suficiente para haber presionado de manera significativa contra los recursos naturales alrededor del sitio. Ninguno de los bajos que rodean Dzibanché ha producido, sin embargo, evidencia que sugiera que fueron modificados a fin de sortear las inundaciones periódicas y poner bajo producción intensiva nuevas áreas de cultivo. En Dzibanché, no se dio, como se argumenta que sucedió en otros lados, una fase previa al colapso de intensificación de la práctica agrícola por la vía del terracedo, drenado de campos o apilamiento de suelo, como forma de dar respuesta a las demandas de una población que se salía de control.

No hay en Kohunlich o en Dzibanché, entonces, nada que respalde la tesis de que, en el Clásico Terminal se haya dado un agotamiento de recursos. Esto, por supuesto, no quiere decir que en esta y otras regiones del área cultural maya no hayan podido darse transformaciones ambientales de cierta importancia como consecuencia de un crecimiento poblacional inusual. Discutiendo acontecimientos en las Tierras Bajas del sur, Rice¹⁷, por ejemplo, señala que en el siglo VIII hubo una pérdida de recursos florísticos y faunísticos que corrió paralela a la deforestación e intensificación del proceso erosivo de las tierras de cultivo,

pérdida que indudablemente habría minado la productividad de gran parte de la región; pero a partir de ello no puede concluirse que esa degradación haya sido elemento decisivo en el colapso, es decir, que haya sido de intensidad suficiente para poner en jaque al sistema.

Tampoco puede atribuirse a un cambio climático una pérdida de capacidad productiva suficiente para atentar contra la estabilidad de las comunidades del Clásico Tardío. No hay, para las Tierras Bajas del sur, trabajos concluyentes sobre el particular, pero en el cenote de Chulchacá, en el norte de Yucatán, se ha detectado la existencia de un clima relativamente húmedo y más marcadamente estacional desde el Preclásico Terminal hasta el Postclásico Temprano, fecha en la que se dio un cambio climático hacia condiciones más secas¹⁸; este hecho podría apoyar un propuesta de corte ambientalista para la desintegración de Chichén Itzá, pero no para el colapso de las Tierras Bajas del sur. En la laguna de Chichancanab, en el centro de la península de Yucatán, se ha detectado un deterioro climático similar, pero en este caso fechado claramente en el Clásico Tardío¹⁹. Difícilmente pueden conciliarse estas fechas como no sea aceptando que se trata de cambios regionales, circunscritos a áreas relativamente pequeñas; no es posible, por eso mismo, extrapolar ninguno de estos datos a otras áreas más meridionales. Desde la perspectiva de Dzibanché y Kohunlich, el crecimiento poblacional del Clásico Tardío debe verse como una variable que opera no tanto en contra de los recursos disponibles,

¹⁷ Rice, 1993

¹⁸ Leyden, *et al.*, 1996

¹⁹ Hodell *et al.*, 1995

degradándolos, sino como una variable que actúa contra los límites que imponen otras circunstancias. En este punto es necesario tomar en cuenta, primero, que la tecnología maya aplicada a los procesos productivos permaneció sin cambio apreciable desde el Preclásico Tardío, fecha en la cual se habían desarrollado ya las técnicas agrícolas mas sofisticadas, incluidas las requeridas para el control de humedad y de la erosión; también se tenían ya el conocimiento necesario para la producción alfarera y de artefactos de piedra, la tecnología aplicada a la manufactura de todo tipo de bien de prestigio y los diseños y técnicas requeridas para la construcción y decoración de grandes edificios: basamentos piramidales, templos y palacios.

A las demandas de una población creciente, de una burocratización en ascenso, una élite progresivamente mayor en número y una carga tributaria que iba en aumento, la respuesta tenía que darse, en algún momento, por la vía de un incremento en la productividad: no era ya una cuestión de poner más tierra bajo producción, aunque la hubiese, o de acortar el periodo de descanso, con el resultado funesto que tal medida podría traer; se requería producir mas con un gasto similar de energía y eso sólo se podía hacer colocando bajo producción intensiva tierras que estuviesen bajo un régimen distinto de explotación -cosa que no se dio en Dzibanché ni en Kohunlich- o adoptando alguna innovación en procesos básicos - Cosa que no se dio en el área maya ni, en situaciones similares, en el resto de Mesoamérica-. La tecnología agrícola existente hubiera resuelto el problema en Dzibanché y Kohunlich -y, seguramente, en muchos otros lugares-,

pero no se aplicó, seguramente porque las condiciones sociales que operaban en esos momentos no lo justificaban.

Bajo esta hipótesis, y dada la falta de disposición de producir más por parcela y por grupo de trabajo, es de esperar que se hayan generalizado los enfrentamientos bélicos; lo que se buscaba no era la integración de nuevas tierras, sino de nuevos tributarios. El costo de la empresa, sin embargo, podía llegar a rebasar el beneficio de la victoria en el campo de batalla; bajo estas condiciones la actividad no contribuía sino a profundizar la crisis. También bajo esta hipótesis, las alianzas entre centros mayores serían la expresión de la concertación de un acuerdo de no-agresión; el vehículo más apropiado seria la alianza matrimonial.

Los movimientos poblacionales hacia afuera del dominio controlado por la élite de los grandes centros, tendrían que verse como un recurso del común de la gente por aliviar una carga que ponía en riesgo su propia existencia. El deterioro de las condiciones de salud: la incidencia más frecuente de enfermedades asociadas con una dieta deficiente y la cada vez mayor discrepancia en el crecimiento físico de miembros de la élite y del campesino maya de las Tierras Bajas, habrían degradado su nivel de vida de manera inadmisibile; habrían llevado a ese campesinado a adoptar la forma mis efectiva que conocía y que puso en práctica, Una y otra vez, antes y después de la llegada de los españoles, para resistir la adversidad: la evasión, la reubicación y la recreación de condiciones perdidas. En la Colonia, cuando la <<exacción de trabajo por parte del encomendero, religioso, autoridad local o la Corona directamente

(...) resultaba excesiva -y no necesariamente medida en términos absolutos-, el desplazamiento hacia lugares menos desfavorables se hacía probable. El desplazamiento podía darse hacia la vecindad inmediata, hacia otra comunidad cercana o distante o hacia la zona insurrecta; podía darse como recurso transitorio, en espera de que mejoraran las condiciones de vida en la comunidad original, o como decisión definitiva. Podía darse intempestivamente o ser planeada con detalle. Para Farris (1984), por cierto, estas posibilidades quedarían enmarcadas en un tipo de desplazamiento concreto: la deriva (drift), específicamente una migración interna que se expresaría, en última instancia, como intento por borrar todo rastro de la existencia del migrante>>²⁰.

La evasión habría desencadenado un proceso de desintegración acelerada e irreversible del sistema social de los centros rectores del sur: la capacidad de estos centros de retener a los emigrantes se hizo cada vez más reducida, con lo cual el flujo se incrementaba. Metidos en un círculo vicioso en el que cada nuevo intento por estabilizar el sistema ahondaba las diferencias de intereses, la élite perdió control de la situación muy rápidamente. Los migrantes, sin embargo, tuvieron que vencer un rígido sistema de prescripciones y prohibiciones: <<tuvieron que trascender el umbral impuesto por la enorme carga ideológica generada por el discurso del grupo (gobernante) (...) monopolizador del saber existencial y, en esa medida, inflexible>>²¹. Tuvieron que vencer, precisamente, la capacidad de los

estados de las Tierras Bajas del sur para prevenir fisiones. Es de esperar que, dadas esas condiciones, el éxodo haya sido, al menos en una primera etapa, a nivel de familia e incluso de individuos. Para los migrantes, el desplazamiento a otras áreas no tuvo que haber sido complicado o desventajoso; desde el área central, el movimiento de relocalización podía darse a grandes distancias sin entrar en regiones inhóspitas o diferentes de lo que estaban acostumbrados: la relativa homogeneidad ambiental de las Tierras Bajas les permitía moverse dentro de un terreno familiar. Pudo haberse dado, también, hacia regiones favorecidas por ríos perennes y grandes lagunas que, como el norte de Belice, no estuvieron sujetas al dramático despoblamiento de los asentamientos de la zona central. Exploraciones arqueológicas en Tayasal sugieren la posibilidad de que las comunidades que encontraron los españoles en la Región del Lago Petén Itzá hayan sido producto de una mezcla de migrantes del colapso con población autóctona²². En cualquier caso, debió de haber tierras suficientes para ocupar y explotar, y los migrantes debieron de ser bien recibidos: la entrada al dominio de nuevos tributantes que compensasen la pérdida poblacional que el sitio receptor estaba experimentando, tuvo que ser no sólo bienvenida, sino promovida. Para sitios como Kohunlich y Dzibanché el desplazamiento parece haberse dado hacia la costa del Caribe, justo hacia el lugar del primer florecimiento cultural de la región: una zona con agua en abundancia y recursos marinos que permitieron no sólo la aparición de comunidades autosuficientes, que practicaban una economía mixta -menos riesgosa-, sino también el desarrollo de

²⁰ Nalda, 1994, p. 347

²¹ Id., p. 371

²² A. Chase, 1985

grandes centros de población y de arquitectura monumental hacia el Preclásico Terminal y el Clásico Temprano; Chacchoben, Oxtankah y Muyil ejemplifican este tipo de asentamiento.

La organización política del Postclásico

Con la ruptura del poder centralizado y la desintegración del sistema tributario como culminación del colapso, habrían proliferado los pequeños poblados y se habría reducido el grado de formalización de las construcciones, de función ceremonial y doméstica por igual. A este patrón adaptativo corresponderían formas <<igualitarias>> de organización social, quizás con jefaturas efímeras, y un nivel relativamente bajo de integración, con un mínimo de vinculación con comunidades vecinas.

Nuestros propios trabajos en el sur de Quintana Roo parecen confirmar la existencia en la zona de una ocupación post-colapso de cierta importancia, conocida como Fase Lobil. En Dzibanché, dos de los grandes edificios que rodean la Plaza Gann fueron transformados en épocas tardías, ya cerrado el Clásico Terminal, a fin de crear plataformas bajas sobre las que se habrían levantado estructuras de material perecedero; de haber tenido una función ceremonial, estaríamos en efecto frente a un proceso que Fry²³ ha calificado de <<revitalización>>, con un ritual más centrado en la comunidad que en un grupo de élite particular. Además de estas ampliaciones hacia las plazas

del Clásico, también en épocas tardías y en espacios antiguamente <<sagrados>>, se habrían construido modestas habitaciones, unas adosadas a estructuras monumentales y reutilizando sus materiales -como es el caso de los adosamientos al Edificio VI de Dzibanché, conocido por su dintel con glifos-, otras en medio de las grandes plazas de los sitios que para esas fechas habían sido ya abandonados. Las más modestas de estas habitaciones han dejado en el registro arqueológico tan sólo la hilada de piedras que servía de apoyo a los muros de bajareque; otras, más elaboradas, habrían tenido un rodapié de mampostería, pero en ambos casos los techos habrían sido de vigas de madera y palma; en Dzibanché y en Kohunlich son abundantes y no sólo en espacios antiguamente <<Sagrados>>, sino también sobre las ruinas de unidades habitacionales periféricas, lo cual sugiere la existencia, en esta región maya, de una población relativamente numerosa en esta época tardía. A juzgar por la estratigrafía encontrada en las unidades periféricas de Dzibanché, esta población no tendría continuidad con respecto a la del Clásico Terminal; habría un *hiatus* entre ambas, vacío que justificaría el hecho de que algunas de esas casas hayan sido construidas sobre las ruinas de unidades domésticas del Clásico Terminal. Sería, sin embargo, una ocupación claramente diferenciable de la actividad que dejó vestigios en los principales basamentos piramidales de Dzibanché, que sin duda pertenecen al Postclásico Tardío y que, en su mayor parte, son ofrendas de copal en vasijas e incensarios-efigie con representaciones de dioses.

²³ Fry, 1985

Con la desintegración de los estados de las Tierras Bajas del sur habría aparecido, también, un ambiente de permisividad, propicio para la recomposición de las unidades domésticas y para la constitución de comunidades pluriétnicas o de origen geográfico diverso. De hecho, si algo caracteriza al Postclásico Temprano en el área maya, son los movimientos poblacionales y la diversidad cultural que se observa en los centros mayores de población. Entre otras, se habrían dado dos grandes migraciones a las Tierras Bajas mayas: una desde la planicie costera del Golfo de México hacia el sistema hidrológico del Usumacinta, y otra, más tardía, desde la costa del Caribe y Campeche hacia Chichén Itzá y la actual Mérida. Otras igualmente importantes serían la de los itzáes a Bacalar y la de este mismo grupo a la Región de los Lagos en el Petén, a la caída de Chichén.

Con el tiempo, y ya con los sitios del Puuc en declinación y desintegración final, y bajo este clima de tolerancia, diversidad de origen y poder fragmentado centrado en la comunidad, nuevas formas de organización política, de mayor nivel de integración, volvieron a emerger en las Tierras Bajas del norte. La primera de ellas fue expresión de un estado fuertemente militarizado: Chichén Itzá. Siguiendo a Quezada²⁴, su gobierno habría estado presidido por un *ah tepal* o soberano, jerárquicamente situado por encima de los diversos *halach uinic* que representaban los intereses de los estados aliados: Uxmal y Mayapán, entre otros. Con la sustitución, años más tarde, de Chichén Itzá por Mayapán como centro político de una región más reducida, emergió

una nueva organización: un gobierno confederado o multepal, en el que las decisiones eran tomadas colectivamente por diferentes <<señores>>, cada uno de los cuales tenía una población sujeta; estos <<señores>> parece que habían residido en Mayapán, dejando en manos de un intermediario, el *caluac*, la tarea de controlar la tributación, y en las del *batab* o cacique, la de regular la vida política y administrativa de las comunidades en el dominio. Con la desintegración de la confederación de Mayapán, el poder político se fragmentó y se reubicó en los *cuchcabaloob* (sing. *cuchcabal*), término maya que los españoles tradujeron como provincia. A la llegada de los españoles, las provincias yucatecas funcionaban, según Quezada, al menos en dos variantes: <<la primera era aquella en donde el *halach uinic* concentraba ciertas funciones y ejercía otras de manera mediada. La segunda era aquella en la cual las funciones globales estaban depositadas en diferentes personas, que reconocían a una de ellas como su *halach uinic*>>²⁵; al margen de esta clasificación, podían encontrarse alianzas entre *bataboob* (sing. *batab*) pertenecientes a un mismo linaje o *tzucub*, como parece que existieron en las provincias de Ah Canul y de Cupul, así como alianzas coyunturales de *bataboob* sin relación parental entre ellos, como podría haber sido el caso de Chakán. Estas dos formas de integración no pueden considerarse, sin embargo, constitutivas de territorios específicos.

El segundo tipo de *cuchcabal*, el que tenía un *halach uinic* con funciones limitadas, escogido -aparentemente por turnos- de entre los *bataboob* que

²⁴ Quezada, 1993

²⁵ Id., p. 51

conformaban una alianza más o menos informal, parece haber sido el mismo que se constituyó en la región insumisa de los lagos del Petén guatemalteco y que perduró hasta finales del siglo XVII. Con base en la información contenida en las fuentes coloniales, hacia la fecha de la llamada Gran Entrada de 1695-1697, esta región estaba conformada por entidades políticas relativamente independientes con mayor o menor propensión a aliarse entre sí; eran alrededor de diez pueblos o *batabilooob* (sing. *batabil*, cinco de ellos en las islas del lago Petén Itzá; la mayor de ellas, Tah Itzá, estaba dividida en doce parcialidades -quizás barrios o *cuchteelooob* (sing. *cuchteel*)-, y era la sede de quien ocasionalmente aparecía como jefe de la Alanza: Canek.

Las provincias del norte de Yucatán en el Postclásico Tardío, así como las que se encontraban en y alrededor del lago Petén Itzá a finales del siglo XVII, habrían sido entidades políticas que mantenían relaciones de competencia y colaboración, con guerras ocasionales entre sí. En general eran entidades políticas equivalentes en recursos naturales disponibles, aunque ciertamente dispares en lo que se refiere a número de habitantes y superficie cubierta por sus respectivos territorios. La capacidad que cada una de ellas tenía de resistir un asalto y de organizar un ataque contra su vecino, sin embargo, debió de haber sido similar, lo cual habría contribuido al estancamiento de la dinámica de constitución de nuevos centros hegemónicos.

Para algunos investigadores, este tipo de organización territorial habría sido también la prevaleciente en el Clásico

Tardío. Mathews²⁶ (1985), analizando la distribución de los llamados glifos emblema -un glifo especial cuyo signo principal designa un lugar particular-, ha concluido que, de ser cierta la hipótesis de que sólo las entidades políticas autónomas se identificaban a sí mismas mediante un glifo de esta naturaleza, entonces, hacia 790 d.C., se tendrían al menos una veintena de estos territorios en las Tierras Bajas del Sur. Marcus²⁷ ha impugnado esta visión de la organización política de los mayas; su crítica está basada en gran medida en el hecho de que si se definen espacialmente las entidades autónomas siguiendo el principio de que a cada una corresponde uno de los glifos emblemas identificados a la fecha, el territorio correspondiente a sitios tan importantes como Tikal, resulta desproporcionadamente pequeño. En su lugar, propone la existencia de dos tipos de organización política: una, más acorde con el *cuchcabal* de épocas tardías, habría tenido vigencia durante el Clásico Temprano; y otra, más afín con la forma descrita de gobierno en Chichén, habría aparecido en las Tierras Bajas del sur durante el Clásico Tardío y denotaría, para ese periodo, la existencia de estados regionales, similares a los de Chichén y Mayapán del Postclásico Tardío. La propuesta está basada en consideraciones de geografía humana y se apoya en lo que para ella es el elemento que distingue al estado desarrollado de formas de nivel integrativo menor: el <<palacio>> del soberano, construcción que delata la existencia de un cuarto nivel jerárquico.

El de Marcus es un modelo de <<crestas y depresiones>> en el que

²⁶ Mathews, 1985

²⁷ Marcus, 1993

unos centros sucumben mientras otros emergen en otros lugares del área cultural maya; la historia política de los mayas sería, de esta manera, la de la disolución e integración de dominios mayores (por lo que no puede hacerse la pregunta de cuál es la secuencia de formas políticas, pues todos los tipos existen simultáneamente). Después de la aparición en 731 d.C. de la cresta correspondiente a la constitución de cuatro supuestos estados regionales: Copán, Tikal, Calakmul y Palenque, vendría una primera depresión con la desintegración territorial de Copán y Palenque; una segunda cresta se formaría con la aparición de Seibal como capital regional en 846 d.C. y una nueva caída a finales del siglo IX con la aparición de la organización provincial; una ligera recuperación se daría con el auge de los sitios del Puuc como Uxmal, Sayil, Labná y Kabah y una nueva depresión poco antes de la integración territorial bajo Chichén Itzá; una repetición del fenómeno con Mayapán y su *multepal* y, finalmente, la reaparición de los centros provinciales que encontraron los españoles a su llegada a la península de Yucatán, dejando abierta la posibilidad de que un nuevo estado regional haya emergido en Petén Itzá durante el siglo XVII, con Canek como figura que integraría los pueblos dispersos en la Región de los Lagos.

La explicación que ofrece Marcus a esta persistente oscilación entre gobiernos provinciales y verdaderos estados regionales es poco convincente: el proceso, según su propuesta, sería el producto de la operación simultánea de, por un lado, conquistas y alianzas y, por otro, de la resistencia organizada por las comunidades que buscan retener su autonomía. Sin dar cuenta de qué es lo que está detrás del fenómeno, el

<<modelo>> de Marcus no es sino la expresión formal del problema: no es posible explicar la guerra simplemente en términos de codicia o de afán libertario <<naturales>>.

Con base en consideraciones epigráficas e iconográficas, y en contraste con la información derivada de las fuentes escritas, Schele y Freidel²⁸ han propuesto una forma alternativa de gobierno en Chichén Itzá: para ellos, el *multepal* habría aparecido por primera vez en ese centro. Los relieves del Templo de los Guerreros de Chichén Itzá, que muestran una procesión de más de doscientos personajes, entre ellos guerreros que portan armas, incluye, según Schele y Freidel, a sacerdotes o hechiceros, y en ninguno se muestra intención alguna de registrar la identidad de los personajes, situación que contrasta con la temática de las estelas, altares y dinteles mayas del Clásico, en donde la preocupación principal es, salvo contadas excepciones, la de exaltar la figura de un gobernante particular. Esto, por sí sólo, delata un cambio en el ejercicio del poder: de estar centrado en un personaje divinizado y una dinastía hereditaria, pasa a ser un poder compartido, ubicado en representantes electos por múltiples vías. Se puede alcanzar la misma conclusión por otro camino: si la interpretación de Stuart²⁹ del glifo *yitah* es correcta, entonces es posible derivar de las inscripciones de Chichén Itzá una historia que coincidiría en gran medida con el relato del Obispo Landa, en el sentido de que en Chichén hubo tres hermanos que gobernaron sabiamente y que construyeron el edificio más conspicuo del sitio: el

²⁸ Schele y Freidel, 1990

²⁹ Stuart, 1993

llamado Castillo. Si se toman relato e inscripciones Como metáfora, es posible conjeturar que con sede en Chichén haya funcionado, como las fuentes escritas lo indican, un gobierno colectivo, en el que cada uno de los <<hermanos>> sería el representante en la junta de gobierno de cada provincia o comunidad aliada.

Chichén Itzá, de esta manera, significaría en el terreno político una ruptura con el Viejo Orden del Clásico; sería el innovador de las Tierras Bajas mayas y, en el norte de Yucatán, representaría una alternativa a la persistencia de formas culturales vinculadas con ese mismo orden. Al respecto hay que señalar que los datos arqueológicos disponibles, así como una comparación y contrastación de estilos arquitectónicos y complejos cerámicos, sugiere la existencia, en el Postclásico Temprano, de una cierta continuidad cultural con respecto de otras zonas de las Tierras Bajas, así como la intrusión de elementos nuevos que rompen con esa tradición. Andrews y Robles³⁰ han expuesto esas concordancias y diferencias postulando la existencia en esa época (900 a 1200 d.C.) de dos grandes centros regionales y polos de desarrollo: Cobá, portador de rasgos culturales particulares del desarrollo del Clásico, pero igualmente integrador de elementos afiliados al Puuc de las Tierras Bajas del sur, y Chichén, fuertemente influido por estilos foráneos.

Mayapán, heredero del eclecticismo cultural de Chichén, sería el último de los grandes centros del Postclásico maya de las Tierras Bajas, heredero, también, de la nueva forma de gobierno que se habría originado en Chichén Itzá

y que habría desaparecido de una vez por todas, con su propia extinción como centro de alianzas, para dar paso al cuchcabal, forma dominante del resto de la historia maya precolonial.

³⁰ Andrews y Robles, 1985